

crítica **teatro**

Soy un banquero alegre, nada me falta

EL CAFÉ (LA COMEDIA DEL DINERO)

Autor: Rainer W. Fassbinder, a partir de la obra de Goldoni. Dirección: Dan Jemmett. Teatro de la Abadía. Hasta el 31 de marzo.

JAVIER VALLEJO

En esta comedia, nadie quiere a nadie, salvo como objeto de deseo, y todos adoran el dinero:

no se habla de otra cosa. *El café*, de R. W. Fassbinder, es una versión (libre pero fidelísima en cuanto al nombre, la naturaleza de sus personajes y la estructura argumental se refiere), de *La bottega del caffè* (1750), comedia de costumbres en la que Goldoni retrató a la burguesía, los hombres de negocios y los usureros, en la Venecia republicana del *settecento*.

El autor alemán y el italiano de otrora comparten intención satírica y moralizante, pero donde este es amable y levemente optimista, aquel, con dos siglos más de historia, es medularmente escéptico: cuando Marzio denuncia a Pandolfo por tener sus tragaperras trucadas, la policía le responde que porque adeuda una cantidad enorme a la ciudad han de hacer la vista gorda, para

que lo devuelva quizá algún día. La puesta en escena de Dan Jemmett ofrece una perspectiva aún más negativa de la moral de la élite económica. Bajo su batuta, los personajes que Fassbinder retrataba gélidos e implacables aparecen rotos y fuera de sí. Con una gestualidad exacerbada minuciosamente, sus intérpretes encarnan la codicia, la ambición y el deseo en estado puro. Jemmett embarca a los actores de La Abadía en un ejercicio de estilo extremo: texto dicho siempre a público y a una velocidad cuasi imposible de seguir; cada gesto, elevado al cubo; cada actitud, a la enésima potencia. Algunos actores lo resuelven con una precisión exquisita: crean un imaginario grotesco, sin contagiarse. Controlan a su personaje. Otros se manchan con él, pero en general salen muy bien parados del envite. Llega un momento en el cual ese estar todos en fase maniaca permanente agota. Dudo que manera tan literal de exponer el espíritu de la adicción

al dinero y el poder sea la más legible ni la más eficaz. En el tercer acto, que Fassbinder sugiere se resuelva “como a cámara lenta”, Jemmett propone que los personajes entren en fase de perplejidad, desorientación y mutismo crecientes. Uno tras otro, se van quedando en blanco, ante la desesperación de Tráppolo, única criatura desaparecida del horrrisono casino, simbolizado por una batería de tragaperras. Interpretado por Jesús Barranco con exactitud cómica radical, Tráppolo encarna ahora la frustración del público ante los repetidos vacíos de memoria de sus cofrades y ante la inacción que se adueña de la escena; y ya en esta línea, cuando todos se largan con el botín, queda solo, triste e incrédulo, como un español recién expoliado. En su gramola, suena la canción de Woody Guthrie: “Soy un alegre banquero / Ahí estaré para embargarte”. Y luego, un tiro seco. Un gran final, para un espectáculo cuya ironía no será asequible universalmente.